

AGENDA CIUDADANA
EL FUTURO DEL PASADO
Lorenzo Meyer

El Problema del Porvenir con su Pasado.- Uno de los muchos retos que confrontamos los mexicanos en tanto comunidad nacional, es resolver la tensión entre una muy justificada inconformidad con el presente y pensar el futuro de manera, a la vez, realista y compatible con las ideas que aún mantenemos del país deseable. Ahora bien, en buena medida, esas ideas están ancladas en los proyectos nacionalistas de un pasado que no tomó en cuenta la enorme fuerza y efectos del marco general que hoy condiciona nuestra evolución: el de la globalización.

Hay una relación problemática entre nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro. Por ello es menester tratar de desatar el nudo formado por el proyecto nacionalista que nos heredó la Revolución Mexicana, su distorsión a lo largo de la época posrevolucionaria y la enorme dificultad que enfrenta lo que hoy queda de él para adaptarse a un entorno donde las fuerzas dominantes son las de la mundialización y donde el nacionalismo dominante es el de la única superpotencia imperial: Estados Unidos.

Uno de los mejores ejemplos de esta problemática lo encontramos al examinar y contrastar las ideas dominantes en los primeros decenios del siglo XX sobre el tema de la migración, con lo que efectivamente sucedió y con las tendencias y posibilidades de cara al futuro.

El Mundo que Viene.- En el análisis político, pocas cosas hay tan arriesgadas como el intentar predecir. Sin embargo, hoy por hoy es casi imposible no pensar en el porvenir sin tener como punto central de referencia otro contexto que no sea el de la globalidad creciente. Para Jean-Francois Ballart, por ejemplo, es justamente dentro de ese marco,

“que nosotros damos forma tanto a nuestra ética como a nuestro cuerpo, que concebimos nuestra forma de vida, que sufrimos y deseamos, que sometemos a otros a la vez que nos subordinamos” (*Le gouvernement du monde. Un critique politique de la globalisation*, Fayard, 2004, p. 11).

Y siguiendo a Ballart --que a su vez se apoya en un geógrafo marxista, David Harvey-- a ese fenómeno de la globalización se le puede definir simplemente como “la compresión de los tiempos y del espacio”. Claro que lo mucho que tiene de elegante tal definición también lo tiene de vago, pero el que hoy nos podamos poner en contacto en segundos con alguien que está a mil kilómetros, intercambiar información compleja y llegar a un acuerdo sobre bienes y servicios, ilustra el sentido de la definición anterior.

La idea de la globalización se refiere a que la densidad y profundidad de los intercambios económicos, ecológicos y sociales que tienen lugar entre los estados nacionales, han llegado a un punto que los hace cualitativamente diferentes de lo que fueron anteriormente. Por un lado el capitalismo y sus formas de producción y consumo no sólo son ya auténticamente globales sino que tampoco tienen alternativa, al menos por ahora. Por el otro, la soberanía nacional tiene limitaciones obvias, pues los miembros del sistema mundial --los estados nacionales-- son menos capaces de tomar por sí y ante sí las decisiones fundamentales en relación a sus formas de gobierno, de producción y de vida en general. En todos esos campos, las decisiones están relativamente más constreñidas que antaño por el peso de factores que se originan y operan en y desde el exterior, en particular en la superpotencia dominante --Estados Unidos-- y en esas zonas del sistema mundial que, como resultado de acuerdos internacionales, son fuente de normas y órdenes para los estados individuales, como es el caso de la ONU, la OCDE, la OMC, el acuerdo de Kioto, la Unión Europea, etcétera.

La globalización está íntimamente relacionada, desde luego, con la expansión del capitalismo, pero no hay que confundir lo primero con lo segundo. El capitalismo nació hace varios siglos en Europa, y a partir del siglo XV, se empezó a expandir por todo el globo, pero la globalización es un fenómeno más moderno. Para los especialistas, este último proceso sólo es realmente dominante a partir del siglo XIX y coincide con el fortalecimiento y expansión del Estado nacional. Como sea, además de la existencia y fortaleza de un gran y único mercado global, el fenómeno está ahora reforzado por la impresionante velocidad e intensidad en el aumento y complejidad de las comunicaciones en tiempo real, que pasaron de su inicio con el telégrafo en el siglo XIX al internet de la actualidad. La “aldea global” es, en más de un sentido, un concepto cada vez más evidente y decisivo.

Dentro de este entorno que comprime tiempo y espacio ¿cómo pensar la herencia ideológica que recibimos los mexicanos de aquellos que a lo largo de los dos últimos siglos se esforzaron por transformar un virreinato colonial español en un Estado nacional? Quizá la mejor manera de ilustrar la magnitud del desafío que ha traído la globalización, sea examinar su efecto en temas concretos. Y un buen ejemplo lo ofrece la migración: el hecho de que hoy una parte sustantiva de los mexicanos ya se desprendió del país y se encuentra viviendo y trabajando fuera, en Estados Unidos. En efecto, según el último censo norteamericano hay 25 millones de personas de origen mexicano, de las cuales 14 millones son ya ciudadanos de ese país, 6 millones son mexicanos que residen ahí legalmente y se calcula que otros 4.8 son indocumentados.

La Migración y como Manejarla.- En el plan original, en el del siglo XIX, la idea de las élites, en especial de las liberales, no se encontraba la expulsión de mexicanos –Benito Juárez acabó con la venta de indígenas mayas a los españoles en Cuba por parte de la élite yucateca— sino lo opuesto: atraer a migrantes europeos de forma masiva, tal y como ya

ocurría en Estados Unidos. Se pensaba que una fuerte presencia europea en nuestro país, “blanquearía” a la demografía mexicana –lo que era tenido como positivo-- e inyectaría energía y modernidad al proceso de desarrollo material y moral de la nación. Al final, sólo un puñado de migrantes europeos decidió apostar por México. Para inicios del siglo XX, las cifras indican que en nuestro país vivían apenas 58 mil extranjeros, es decir, el equivalente al 0.4 % de la población total, en suma, los inmigrantes, en término cuantitativos, resultaron ser irrelevantes. Y la situación no ha cambiado mucho desde entonces.

Con la Revolución Mexicana, la visión sobre el tema se modificó y mucho. Los nuevos gobernantes de México decidieron que el país requería de un buen número de transformaciones, pero no de “blanquearse” a golpes de inmigración. Ingresar al país se hizo relativamente más complicado a la vez que el artículo 33 constitucional facilitó la expulsión de todo extranjero que fuera calificado de “indeseable” por la autoridad suprema: el presidente. Pero los ferrocarriles y la Revolución habían iniciado ya un proceso nuevo: la salida temporal o permanente de mexicanos para emplearse en la enorme y dinámica economía norteamericana. La discriminación racial y otras trabas no impidieron la lenta pero sostenida salida de mexicanos en busca de mejores horizontes. La II Guerra Mundial aceleró el fenómeno al punto que centenares de miles de trabajadores, con y sin contrato, cruzaron la frontera para incorporarse a la fuerza de trabajo norteamericana en los campos y en los servicios. Sin embargo, la visión oficial –y en buena medida la popular— se mostró incómoda con el fenómeno y su magnitud. El éxodo se consideró humillante y, al menos en teoría, surgió el compromiso de crear las condiciones para dar empleo digno a todos los mexicanos. Esa era parte de la lógica que alentó lo mismo el desarrollo estabilizador de la segunda mitad del siglo XX que del Tratado de Libre

Comercio de la América del Norte (TLCAN) de 1993, donde se defendió la integración económica con el vecino del norte como una manera de “exportar bienes y no personas”.

Hoy, una décima parte de los nacidos en el país ya vive fuera de nuestras fronteras y se ha integrado, a querer que no, a otro país. Los mexicanos en Estados Unidos enviaron el año anterior a los familiares que se quedaron alrededor de 13.4 mil millones de dólares y este año la suma puede llegar a los 16 mil millones, que sería más que todos los ingresos por concepto de inversión externa. Para las familias y comunidades que reciben estas remesas, su continuidad es ya indispensable en el contexto de un país cuya economía no despega desde hace 22 años.

Veamos ahora el fenómeno migratorio en general. Se trata de una de las características de la globalización. Las grandes empresas se mueven ya sin dificultad de un país a otro, y dividen el teatro de sus operaciones productivas entre todos los continentes, según les conviene en virtud de las diferencias en el precio, disponibilidad y preparación de la mano de obra, las ventajas impositivas, el tipo de controles gubernamentales, el acceso a mercados y materias primas, etcétera. La contrapartida de la movilidad de empresas y capitales, es la movilidad de la mano de obra: las migraciones a gran escala. Y no importa que Europa o Estados Unidos pongan diques de seguridad, las olas humanas de africanos, latinoamericanos y asiáticos, están en marcha y difícilmente las van a contener las políticas de control de fronteras. Mientras el diferencial de salarios sea tan grande como es, mientras haya demanda para su trabajo, esas masas seguirán moviéndose y cruzando el desierto de Arizona o navegando en lanchas miserables para arribar del África a las costas europeas. La globalización ha ensanchado la brecha entre regiones miserables y las zonas de prosperidad y la globalización obliga al éxodo de las primeras hacia las segundas.

El Problema.- Si, de hecho, la globalización ya institucionalizó la migración de “los condenados de la tierra” ¿cómo integrar ese fenómeno en el proyecto mexicano de futuro? a un proyecto que sea realista pero que también despierte la imaginación colectiva, que le de sentido y legitimidad a la historia pasada lo mismo que a lo que deseamos ser.

Con el TLCAN se oficializó el fin del proyecto económico de la posrevolución y el inicio de otro muy diferente, uno que justificó el vuelco histórico que significó abandonar la meta de la independencia relativa frente a Estados Unidos para sustituirla por la mayor integración posible --y, por tanto, la mayor dependencia— como la única forma de hacer de México parte del “primer mundo”. Sin embargo, la promesa no se cumplió. Es verdad que el presidente aún se entusiasma al anunciar que México es la “novena economía mundial”, pero también es claro que el TLCAN ya dio lo que podía dar y que su impulso no fue suficiente para llevar a nuestro país a la dimensión en que hoy se encuentran China o India, para dar dos ejemplos notables de países relativamente atrasados pero que ya se nos adelantaron en la carrera por ganar uno de esos pocos lugares donde la globalización mantiene espacio para recibir a los que han alcanzado un desarrollo auto sostenido.

Un proyecto de futuro mexicano que no traicione a su historia en el campo migratorio tiene que pasar por la negociación de eso que le faltó al TLCAN: la liberalización o globalización del factor trabajo. Ya no podemos seguir con el autoengaño de que la expulsión de mano de obra es temporal, ni tampoco se puede seguir identificando al interés nacional con la idea de poner fin al éxodo; eso es utópico.

El Futuro.- Fue propio y lógico del nacionalismo revolucionario pretender no sólo un “México es para los mexicanos” sino también un “los mexicanos son solo para México”. El fondo de esa propuesta puede y debe mantenerse, pero sin pretender que es factible detener, y menos revertir, un fenómeno migratorio que ya es parte de la globalidad. Hoy, lo

adecuado es seguir insistiendo en regular –humanizar— nuestro fenómeno migratorio mediante una serie de arreglos con Estados Unidos. La tarea no será fácil, pero al menos dejará de ser ese “sueño imposible” que equiparó la defensa del interés y la dignidad nacionales con la permanencia de los mexicanos dentro de su territorio.